

EDICIÓN
CONMEMORATIVA

FABIÁN DOBLES

100 AÑOS
de su natalicio

LOS
AÑOS,
PEQUEÑOS
DÍAS




EDITORIAL
UCR

FABIÁN DOBLES

100 AÑOS
de su natalicio

LOS
AÑOS,
PEQUEÑOS
DÍAS



EDITORIAL
UCR
2018

EDICIÓN
CONMEMORATIVA

CR863.4
D633a

Dobles Fabián, 1918-1997.
Los años, pequeños días / Fabián Dobles.
-1.ª ed.- [San José], C. R.: Edit. UCR, 2018.
xii, 90 p.

Edición conmemorativa
100 años de su natalicio
ISBN 978-9968-46-565-6

1. LITERATURA COSTARRICENSE –
NOVELA. I. Título.

CIP/3232
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2018.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Esta edición respeta la ortografía de la época y el estilo del autor.

Corrección filológica y revisión de pruebas: *Aurelia Dobles T.*
Diseño, diagramación e integración de correcciones: *Grettel Calderón A., Nicole Riquelme G.*
Control de calidad: *Grettel Calderón A., Alejandra Ruiz B. y Mauricio Bolaños B.*
Diseño de portada: *Priscilla Coto M.* • Fotografía de portada: *Alberto Chocano Dobles.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

CONTENIDO



Sobre el autor	xi
I	1
II	7
III	13
IV	23
V	41
VI	65
VII	77

SOBRE EL AUTOR



Fabián Dobles nació el 17 de enero de 1918 en el pequeño pueblo de San Antonio de Belén, Costa Rica; fue el séptimo hijo del médico local. Luego de asistir a una escuela rural, estudió en el Colegio Seminario y en el Liceo de Costa Rica en San José; estudió derecho en la Universidad de Costa Rica. Aún siendo estudiante universitario, comenzó a ganar prestigio como poeta y narrador en certámenes literarios centroamericanos.

En 1943, su primera novela, *Aguas turbias*, escrita en el lenguaje vernáculo costarricense, fue seleccionada para representar a Costa Rica en la Competencia Latinoamericana de Novelistas, promovida por los editores Farrar y Rinehart en asociación con la Unión Panamericana. Esta obra, junto con *Ese que llaman pueblo* (1942), fue muy elogiada por Martin Erickson en su artículo "Trends in South American Literature", publicado en *Intellectual Trends in Latin America* (Austin, University of Texas Press, 1945): "Fabián Dobles es un consumado escritor, dotado de una habilidad extraordinaria en la construcción de argumentos ... [sus novelas] tienen interés más allá del localismo de sus escenas, y su significancia social es ciertamente tan evidente como la de "Las Uvas de Ira" y "Tobacco Road".

Cincuenta años más tarde, Dobles es señalado en *Contemporary Short Stories of América Central* (University of Texas Press, 1994) como "uno de los escritores sobresalientes de América Central", y es frecuentemente mencionado en publicaciones similares como una de las figuras más importantes de la literatura costarricense. Como intelectual de ideología izquierdista, tuvo que luchar para sobrevivir como escritor durante un período de importante cambio social y político en Costa Rica. De esta forma la fusión que planteó, entre realismo social con épicas de tono clásico y resonante y poéticamente expresadas, no ha sido siempre del beneplácito para las autoridades literarias.

Consecuentemente, Dobles tuvo que ganarse la vida en un amplio ámbito de trabajos que incluyeron educación, industria, comercio, agricultura, periodismo y labor editorial. Aunque esto limitó su tiempo disponible para escribir, igualmente enriqueció, de forma significativa, su experiencia de vida, en la cual basó su ficción y le brindó un profundo entendimiento de las tradiciones populares costarricenses y lo intrincado de su lenguaje.

En 1993 las editoriales de la Universidad de Costa Rica y la Universidad Nacional se unieron para publicar las *Obras Completas de Fabián Dobles* en cinco volúmenes, que incluyeron sus novelas, cuentos, obras de teatro, poesía, algunos ensayos y artículos periodísticos. Sus obras más conocidas son la novela *El sitio de las abras*, una saga agraria escrita en un estilo mítico, que ya supera las diez ediciones, e *Historias de Tata Mundo*, que también ha sido publicada en inglés e italiano. Los cuentos de Dobles han sido ampliamente difundidos fuera de Costa Rica, en antologías escritas en idiomas inglés, francés, alemán y ruso. A menudo aparecen junto a historias de García Márquez, Borges, Faulkner, Quiroga y Asturias.

En sus novelas aborda, a menudo, el tema de la tradición, los cambios en la vida rural y en la sociedad en general. Subraya la desaparición de los valores tradicionales y la transición hacia las formas modernas de pensar. En *Los años pequeños días* aborda el problema del cambio como se visualiza en las relaciones entre individuo, familia y sociedad; el individuo estableciendo gradualmente su propia identidad y valores. El tratamiento del tiempo de Dobles, en el que el pasado, el presente y el futuro se entremezclan en la mente del narrador y su consecuente efecto en la estructura de su obra, se consideran innovadores en la literatura costarricense.

Fabián Dobles y su esposa Cecilia Trejos regresaron a vivir en la ruralidad, aunque él siempre participó en actividades académicas y literarias y fue un miembro activo de la Academia Costarricense de la Lengua y de la Dirección del Colegio de Costa Rica. Recibió numerosos premios nacionales e internacionales, incluyendo el Premio Nacional de Cultura Magón, no obstante, a menudo afirmó que el premio que más valoró fue el cariño y respeto de los lectores costarricenses, quienes han encontrado en su obra no solo un reconocimiento al orgullo nacional, sino también un registro fiel de sus estilos de vida, su lenguaje y sus aspiraciones.

Fabián Dobles falleció en marzo de 1997.

I

El hombre que había cumplido setenta años se despertó ese día mucho antes de la aurora y no logró pegar los ojos un rato más, como solía, hasta las seis o siete, y comprendió que debía obedecer a aquel tirón de no se sabe qué, mas sí de dónde, que esa noche y otras anteriores en sueños y en vigili­as había estado exigiéndole acudir allá.

Tan apremiado y extraño se estaba sintiendo que ni escuchó el raudal del canto de yigüirros y gorriones ya desde la madrugada desatado alrededor de su casa, rodeada de cipreses, aguacates, limoneros y naranjos, ni le importó el viento que por la ventana se colaba a enfriarle los huesos. En pijamas salió al corredor, contempló brevemente las últimas estrellas que empezaba a borrar del cielo el naciente resplandor del este, sobre el verdeoscuro contorno del volcán Irazú, le dio de comer al perro y estornudó. Estornudaba siempre a los primeros rayos del sol, que ahora comenzaban a asomar.

Así que se bañó, desayunó y no se rasuró –detestaba hacerlo porque su condenada piel de niño se le lastimaba–, abrió el garaje, calentó el motor de su camioneta y diciendo a su mujer ahorita vuelvo, cerró el portón por favor, le hizo un ademán cariñoso de hasta luego y tomó la carretera, cuando el sol ya había salido lo alto de un hombre grande y calentaba a su gusto. Se caló los anteojos oscuros, respiró el aire fresco y a poco más se hallaba ya en la carretera principal, rumbo a donde tanto lo había estado llamando. Hacía años no llegaba por allá... Se hace uno viejo y tiende a perder el interés por esas cosas, carambas, a arrugarse, qué carajada, y no está bien. Siempre dije que es el valle más lindo y risueño del mundo. Me da ganas, qué diablos.

Pasó por la ciudad de Heredia, la de sus mayores, y siguió hacia el oeste por la carretera interurbana, atestada ya de automóviles y buses que traían y llevaban gente a su trabajo y estudiantes a sus clases, y de camiones cargados con toda clase de mercancías.

Al llegar a la ciudad de Alajuela se detuvo en una estación de gasolina y mientras le llenaban el tanque y le revisaban la presión de las llantas telefoneó a su esposa: Mirá, no te enojés mucho conmigo, voy a tardar algo más de lo que creés, las compras que me encargastes te las hago a la vuelta... Pero y eso, por qué, me urgen sobre todo los huevos y el pan, son para el almuerzo... Una ocurrencia, después te explico (ya se me enojó, qué hacerle). ¿Te acordás?, hace unos días hablamos de volver a dar una respiradita por el valle de... Ah, sí, qué bonito, vos solo, ¿pero íbamos a hacerlo juntos?... Sí, claro, lo haremos. Lo de hoy es por un rato, para ver cómo está aquello. Tal vez almuerce en el restaurante de Las Rodríguez, si aún existe. Es que me están picando mucho los espaveles, las chicharras, los cerros. No se me encrespe, muchacha. Otro día venimos usted y yo con más tiempo a quedarnos un par de semanas, recordar lugares, reconocer viejos amigos, todo eso... Bueno, pero no vaya a correr demasiado y ojo con el puente del Río Grande, esas curvas me dan miedo... Si ahorita vuelvo. Son apenas unos cuantos kilómetros...

Y en aquellos tiempos –pensó cuando rodaba otra vez por el asfalto y un jet gigante pasaba haciendo ruido escandaloso a punto de aterrizar en el aeropuerto Juan Santamaría– veníamos a caballo o en carreta por entre endemoniados barrizales, a paso de tortuga, y en los veranos, abriéndonos camino a través de alguna partida de ganado arreada desde Guanacaste, los polvazales que el viento levantaba nos querían ahogar bajo el cielo de luz y zopilotes. A dónde diablos voy, si todo esto era y ya no es, y yo soy otro, vivo atravesado de computadoras, aburrido de gentes tan aplastadas que ya no saben decir escuetamente hoy, sino en el día de hoy, ni anoche, sino en la noche de ayer, y no acaban de venir porque recién vienen y no piensan bien, pues piensan de que esto y de que lo otro y no opinan: opinarían; y no creen: creerían; ni dicen, porque donde debían decir, apenas dirían.

Ahora el puente como que ya se le venía encima –él asfalto abajo en compresión de tercera y el río a su encuentro– pero se acordó de su esposa y metió segunda pensando al par que aún mandaba huevo allí, tremenda de

tronco y formidable de copa, la ceiba de la penúltima curva, centinela inacabable que siglo y medio atrás debió de estar mirando la antigua aduana fortificada que don Braulio Carrillo¹ mandó edificar en la peña del alto, junto a la carretera por él construida a pico y pala de reos y empedrada a espalda y brazo de forajidos.

Frenó hasta detenerse en lo llano, a pocos metros del centenario puente de piedra y arco. Paró el motor y se bajó para caminar y contemplar haciendo de sus sentidos, como solía decir, un endiablado enredo, pero antes se quitó la chaqueta: hacía calor, un calor que aunque espinaba le sabía a fresco de tamarindo. Le dolió un poco la espalda cuando se inclinó para mirar el cauce, ahora casi sin agua, poca y sucia. Se la llevaron para la represa, lo sabía, pero no le importó. Antes sirvió a la vida para los róbalo que aquí se venía a pescar, y a la sazón para iluminar, calentar, mover motores, qué se le ha de hacer, y en todo caso yo la sigo viendo porque me da la gana cristalina y cantora como entonces o de chocolate turbulento en los inviernos bravos, hasta con troncazales borbollantes por la corriente abajo y alguna vaca inflada y panza arriba de viaje bamboleante hacia la mar por este, aquel, el otro, el mismo río Tárcoles el Grande del tiempo inatajable.

Un chofer de camión que lo miró inclinado sobre el antepecho, al llegar le gritó viejo loco, cuidado se suicida, este puente es angosto y si usted no se quita me lo llevo de encuentro, y él levantó los brazos en señal de disculpa, se montó a horcajadas del pretil y le hizo señas de que pasara así no más, y el chofer pasó riéndose y adiós, señor, y hasta luego, muchacho, todo bien, no hay cuidado.

Luego estaba acariciando las piedras como si fueran carne y no granito, con fruición de adolescente, y de veras el río fue llenándose de torrente y espumas, como en los años treinta, y en sus oídos dijo a correr y saltar la Trucha de Franz Schubert,² que le brincó a los dedos como cuando en sus años de mozo intentaba descifrarla en el piano de su tía, la que cantaba en el coro de la iglesia del Carmen, en Heredia.

Allí, casi a tiro de flecha, se alzaba de frentón el cerro que del otro lado del río parecía una muralla de cien tonos de verde y amarillo por donde,

1 Braulio Carrillo (1800-1845), jefe de Estado de Costa Rica en dos ocasiones (1835-1837 y 1838-1842).

2 Franz Peter Schubert (1797-1828), compositor austriaco.

apenas atravesado el puente, había subido el viejo camino de carretas en empinado zigzag de vueltas interminables, agobio de bueyes y boyeros y maneadero de mulas y caballos por donde transitaron los abuelos y sus antecesores, hoy sólo una cicatriz medio borrada que erosionaron las lluvias y los vientos y tapó nueva vegetación.

Arrancó su camioneta y pasó el puente. Volvió a detenerse en el recodo al pie del cerro. La Trucha se había apagado y en su lugar las chicharras y los grillos, como hirviendo bajo el sol, rechinaban de lo lindo entre el follaje, de vez en cuando acompañados por el retintín de los pájaros. Y un autobús que bajaba, un auto rojo que subía, un motociclista de camisa anaranjada que aparecía en la suave curva de la carretera moderna, construida bordeando la empinada mole en dirección primero paralela al río y luego en largo trazo apenas curvilíneo por donde se ascendía con gradiente liviana, casi como volando.

Casi como volando, sí, se repitió y sonrió hacia sus adentros recordando a un chofer y una cazadora Chevrolet, tartajosa cacharpa atestada de gente, que subía por el antiguo tobogán de los mil demonios, aquél las manos aferradas al volante y el pie hasta el fondo del acelerador, ella zumbona y gimiendo, estornudando y estremeciéndose, a sólo primera marcha. Detrás, un muchacho descalzo echaba el corazón por la boca y las narices, con tamaño pedrón entre las manos, presto a calzar las ruedas traseras en cada vuelta o revuelta donde el desolado motor no podía más. Y al regreso, de pico hacia el barranco, ¿cómo no nos matábamos? Vaya usted a saber.

Volviendo la cara al cerro se carcajeó y habló solo: Qué diablos, el vergüenzón que tuve que tragarme entonces y lo horrible que me sentí después todavía andan conmigo, no me gusta recordármelo y, sin embargo, ¿tuve razón o no, actué sólo por mí o lo hice por todos ellos?

Regresó a su camioneta y la echó a galopar a media máquina por donde acababa de descender el motociclista –árboles de guácimo a la izquierda, si, los conozco bien, espaldones bermejos a la derecha medio cubiertos de zacatón–, mientras proseguía monologando en alta voz, como cualquier orate, con la vista fija en la carretera... Me había acomodado en el asiento inmediato a la única puerta de la cazadora, por si las moscas, y éstas comenzaron a zumbarme ya antes de acercarnos a la condenada cuesta porque me pareció que el freno de pie ¿le respondía, no le respondía al chofer?

Yo no sabía manejar, qué iba a saberlo, pero un adolescente de ese tiempo, curioso y deslumbrado ya por los primeros autos y camiones que habían aparecido en su pueblo, te los conducía en sueños y podía explicarte que la primera aquí, la segunda acá, la tercera de este modo, este el freno de mano, ese el freno de pie, aquel el acelerador, y, un momento, amigo, meta ahora compresión de primera, y despacio, cuidado, la curva es muy cerrada, ésta es carretera de mulas y carretas, nunca se imaginó velocidades Ford ni multiplicaciones Chevrolet, y los piñones de la cacharpa que usted, Sanahuja de los infiernos, trata de hacer bajar por estos polvazales y despeñaderos ya deben de estar mellados, suenan como matracas, y su motor rezumba ronca que ronca y se recalienta, mírele el tapón del radiador cómo escupe vapor que ni una cafetera, por Dios, Sanahuja, pare en ese rellano y no prosiga, por qué se agarra así del freno de mano y el de pie como que le resbala y le resbala y usted tira con su derecha de esa palanca y con su izquierda trata de que la rueda del volante no se le aloque y desvíe. Todos mudos, con el credo en la boca. Cuando volví a mirar atrás parecían máscaras atónitas haciendo fila ahora ante las puertas del cielo o del infierno. Calor y polvo arremolinado que se metía por las ventanas. Sudor a chorros, que a Sanahuja le bajaba por la nuca y le humedecía la camisa. Y éste es solo el comienzo. Esas mujeres y esos hombres ignoran que dependemos de una lastimosa caja de cambios y un miserable freno de mano, rum zum, rum zum, y las curvas que siguen son más empinadas, rumzumrumrumzum, hacia abajo, más hacia abajo. Si a caballo habría que agarrarse del pico de la montura, a sólo apoyo de estribos uno no se sostiene... Y cuando la campesina que venía al lado mío se aferró a mi brazo y me lo apretó como gritando ayúdeme, compartiendo su miedo, y vi venir el próximo recodo asomado a un barranco mientras la cazadora aumentaba inconteniblemente –así lo creí entonces– su cada vez más aturdidora velocidad..., yo no, alguien sí, me levantó del asiento y me lanzó a saltar por la puerta. No lo pensé ni lo decidí: una fuerza mayor que yo lo decidió por mí y me mandó caer de firme sobre la carretera, a solo una vara escasa del paredón, sostenerme en mis piernas y trocarlas en ágiles resortes que no me dejaron caer sino seguir al empuje del empellón hasta conseguir parar, en tanto que el vehículo pasaba a mi izquierda como una bestia enorme, seguía hacia la curva y torcía con ella sin volcar ni irse al barranco. Sólo que de aquí allá iba exhalando por ventanas y puerta, como si fueran fardos o racimos de plátano, gente. Y la gente rodaba y se levantaba entre la polvareda, uno aquí, la otra allá, el niño arriba, la madre

abajo, por Dios y todos los santos, qué gran tirada, torta la que fui a hacer. Eché a correr hacia la cazadora, que al fin Sanahuja había podido contener mandándola contra el faldón ascendente de la siguiente curva, y allí salió el hombre vuelto una furia, sus brazotes en alto, sus puños amenazantes, carajeándose a gritos, diciéndome pendejo, ve lo que has hecho, desgraciado muchacho, por poco no nos matás a todos. Y yo chiquito y encogido, deseando ser fantasma, hacerme nube y transformarme en nada, me le quedé viendo a los ojos y le dije: Pero los frenos están malos. Sí, los frenos no funcionan, escuché repetir a un hombre, y una mujer que se sobaba la rodilla con cara de dolor vino hacia mí renqueando y con voz aún temblorosa –esta me mata, pensé– me llamó su ángel de la guarda, por vos estamos vivos. Y otro: Por vos entendió este bruto que había que detener el chunche como fuera. Si no logra encaramarlo en ese treponcillo, a estas horas, quién sabe... Vea usted como son las cosas: y yo, que por mi parte, tragáme, tragáme, tierra.

Buena que era la gente.

Sanahuja y su ayudante, el que de cuesta arriba calzaba las ruedas con la piedra, sacaron herramientas y se pusieron a socar tuercas aquí y ajustar resortes allá, mas entretanto todas las mujeres y dos hombres ya iban bajando a pie, desconfiados que se volvieron, y hubo tres cuartos de hora después que ponerse a esperarlos a la entrada del puente, una vez que la cazadora reanudó la bajada, pero ahora despacio, despacito, Sanahuja seguramente todo amoscado adelante y yo atrás, más apagado que él, mi ceño contraído, aún mohíno y desconcertado. ¿Quién demonios o qué diablos me había empujado a desatar aquel pánico del que apenas resultaron desolladuras, tobillos torcidos y algunos costalazos sobre el colchón del polvo de la cuesta? Pudieron haber quedado malheridos o hasta muertos algunos pasajeros inocentes.

Recuerdo bien que al levantarme y brincar grité hijueputa con toda la garganta, pero creo que miedo no sentí sino ganas feroces de vivir y me sospecho que el único ángel guardián que estuvo allí fue el mío, este mismo viejo huevón que viene ahora llegando a la bocacalle entonces llamada de El Obraje y ha vivido muchos años y agarró esa mañana de su frondoso pelo castaño a aquel adolescente que ya me llevaba dentro de su deseo de ser y respirar a sus anchas.

II

Qué es aquello, hay un derrumbe del carajo y nadie me lo dijo. Como que la colina se ha partido y la roca despeñado sobre la carretera –disminuyó la velocidad–, pero es abril, verano, no ha llovido estos días ni temblado, no comprendo para nada este disparate –llegando ahora–, y se ve fresco, de ayer, de anoche...

¿Cómo consiguieron pasar camiones y automóviles y aquel motociclista?... Malhaya, vaya tuerce, qué a destiempo, con todos los demonios.

Apagó el motor, se bajó, se arrancó los anteojos de sol, y apretándose los párpados caminó hasta el borde del gigantesco desbarrumbo, se golpeó la frente con el puño y cantó, quién sabe ni por qué, tantum eerguum sacrameentuum.

Vio hacia su derecha un potrero apenas inclinado, por en medio de cuyos guayabales se podía tal vez pasar, y regresó a la camioneta a traer el alicante, ojalá estuviera ahí, que guardaba entre las herramientas y qué suerte, sí estaba, con él cortó los alambres de púa de la cerca –no me gusta hacer daños pero qué remedio, se va a enojar el dueño y ahí perdone, mi amigo, yo no mandé aterrar la carretera– y al fin se abrió camino. El pasto estaba seco, el suelo endurecido, y en primera, qué al pelo, fue tanteando el terreno poco a poco y apenas tocandito el gas –jale adelante, vamos, camioneta, de usted nunca se ha dicho nada, no me patine, no se me arrugue, floja– avanzó por entre algunas reses flacas que pastaban, rodeando y evadiendo los obstáculos. Vio adelante una tranquera de varas de bambú, la abrió y de nuevo salió a la carretera, qué gozada, qué lindo, la de entonces, polvorienta, con huellas de carreta y de pezuñas, y a un campesino que calzaba caites bien montado en su yegua. Adiós, amigo, lo saludó con

la mano, y el campesino como haciéndose el sordo no respondió al saludo, pero él ni se percató muy en sus cinco como iba manejando para que el vehículo no se le desviara a algún cangiloncillo o no se fuera a restregar la corona de su transmisión en los lomos que en mitad del camino se alzaban traicioneros.

Los tijos que antes fueron revoloteaban por ahí y se posaban sobre el ganado en pos de garrapatas, las piapias abundaban, los nidos de oropéndola se mecían al viento desde un pejibayero, aquí un caballo bajo el frondoso guapinol, allá un hombre y su yunta arando el terrenillo, este el rancho pajizo, aquel el solariego caserón, techo de tejas, están moliendo en el trapiche de los Sandoval, huelo caldo de caña que hierve en las dos pailas, cerdos hozando en los desagües fangosos, y los gallos cantando... Ahora la carretera está más plana, acaban de arreglarla, qué bueno, aunque no hay puente en el riachuelo, ¿podré pasarlo así no más? Me llega ya el chirrido de una sierra, la del aserradero de Pacheco, de caldera y pistones a vapor. Casi al frente encontraré la herrería de... se me olvidó su nombre, pero apuesto a que ahora toma con las tenazas la herradura candente, la moldea en el yunque, y a poco forcejea con la bestia, que no se deja fácilmente herrar y le lanza patadas que da miedo, pero a mí vos con esas, potro tonto, más sabe el diablo por viejo y el herrero por terco, para tu fuerza mi maña, quieto, quieto, bonito, tranquilo ahora, potranco endemoniado... Y el hombre con sus setenta años venía llegando en su camioneta al punto que ya herrada la bestia un muchacho la llevaba del diestro dando vuelta a la esquina donde aún se hallaba la casa en que a fines del siglo pasado había suspirado para nunca más don Próspero Fernández como si fuera ayer.

Y ¿ahora qué –pensó–, qué día es hoy? Conozco a este muchacho, y el potranco se lo compró hace poco don Juvenal González a don Fadrique Ovaes. Es hijo del padrote de los Sánchez y una yegua azuleja muy pasitrotera del Padre Lombardo, papá le tenía puesto el ojo a ese potro pero se le adelantó don Juvenal porque el que más puede puede más, y papá no caga plata como él.

Dieron las dos en el reloj de la iglesia. El par de campanillazos no le dijeron de momento nada, pero después acató y miró el suyo, las ocho, debía de estar soñando, bien sabía que había partido de la casa a eso de las seis y minutos y apenas acababa de llegar. Descompuesto el reloj de la iglesia, no sería la primera vez ni la última. Dio vuelta al llavín de la ignición para

seguir hacia el cuadrante del pueblo, y el encendido no le respondió. Insistió con vigor y no hubo caso, maldita sea, había que abrir la tapa del motor, tantear los bornes de la batería, y así lo hizo, pero en vano. Todo parecía bien, el distribuidor firme en su sitio, las candelas recién cambiadas, y probó la bocina –no sonaba–, las luces –no encendían–, qué diantres estaba aconteciendo. Y entonces miró su sombra, corta, muy corta, echó un vistazo al cielo y claro, el sol no podía equivocarse, eran las dos. Se llevó su muñeca al oído y su reloj estaba vivo, también seguía caminando... En la que nos metimos, camioneta, con razón este calor nos hacía sudar la gota gorda, con el sol ya en las cumbres.

Él se había estacionado en el borde de la calle, aquí ancha y cubierta de yerbajos a uno y otro lado, al frente de la covacha de su tan conocido ñor Damián, el hachero casi centenario que había peleado en Santa Rosa y Rivas para la guerra de 1856. Lo vio asomarse a la puerta y quiso saludarlo, pero, al acercársele, el anciano volvió a entrar y se esfumó, y en eso ya venían aproximándose tres jornaleros que regresaban del trabajo, descalzos, uno añoso, dos de mediana edad, con el machete al cinto y sus palas al hombro, quienes se deslizaron a su lado, sudorosos y macilentos, y él hubiera querido conversarles, estrecharles la mano terrosa, al mayor lo había visto acudir antes de ahora al despacho de su papá el doctor, padecía de una tos necia y huesuda, pero el hombre que acababa de cumplir sus setenta años sonrió con cierta tristeza sabiendo pues lo sabía que hubiera sido inútil, ellos estaban con él, aunque él con ellos no estaba. Decidió caminar paso a paso en su compañía, allá que se quedara a la buena de dios su camioneta, ellos y él en apacible silencio, hasta entrar en el cuadrante por la calle casajosa donde iban encontrándose con las boñigas frescas de caballo o de buey ya resecas –la que barre el corredor de su casa repleto de begonias y geranios se llama doña Hortensia y está diciéndoles adiós a mis tres compañeros, mientras al frente, florecidos al rojo anaranjado, para acacito de la acera, los malinches de las hermanas Espinoza hoy están que revientan–, y ya podía mirarse la cruz en la punta de la torre de la iglesia, porque venían saliendo a una esquina de la plaza, la de la tienda de telas y abarrotes aquí, la botica allá y esa carnicería a la vuelta nomás –miren cómo se ven columpiándose al golpe de la brisa los mangos ya maduros del árbol esquinero y los yigüirros hartándose a su gusto en el higerón de a la par– y podría jurar ahora que al otro extremo de la calle habrían de estar dormitando bajo los jocotes de la cerca tres o cuatro caballos amarrados

a sus troncos esperando a sus dueños, uno en la barbería, otros tal vez de compras en la tienda o bebiendo cerveza en la cantina cercana.

Los jornaleros tomaron en diagonal por mitad de la plaza hacia el quiosco del medio, lo bordearon y ya detrás de él se le nublaron y perdieron en el tiempo, mientras un torbellino se levantó a bailar en semicírculo como una gigante flaca, larguirucha y oscilante y luego se apagó dejando al aire aún algunas hojas secas que cayeron temblando entre la brisa y saltaron después sobre el zacate como si animalitos perseguidos, al punto que unos escolares salían de la escuela, allá al fondo en el alto rellano, bajaban por los peldaños de su escalinata y corrían a sus casas.

Ahí va, es él, ese es mi niño, dijo y apresurándose se le fue acercando y lo alcanzó al doblar la esquina del mercado con intención de seguirlo, pero un nuevo remolino apareció y este barría la calle desde el sur, caprichoso trompo de polvo y hojarasca que trepaba a los techos de las casas, regresaba, se deshacía, tornaba a aparecer, y finalmente los envolvió a los dos.

Cuando el hombre que había cumplido setenta años salió del endiablado torbellino tosía, se limpiaba las lágrimas, las briznas, el polvo de la cara y no estaba enojado sino muerto de risa. El carajillo entretanto había echado a correr con su bulto de escolar bien agarrado y se detuvo bruscamente al llegar al recodo de la siguiente esquina. Disimulando se puso a hacer que no miraba de soslayo aunque miraba, agachado como para amarrarse los cordones de los zapatos, pero no se los anudaba sino que con el rabillo del ojo veía y esperaba. Y el hombre seguía riéndose porque sabía lo que el niño acababa de ver venir.

¡Eran aquellas! ¡Las mismas! ¡Virgen Santísima de los Milagros! Estaban igualitas, no cambiaban, tenían la edad de las naranjas maduras, las guanábanas, los caimitos, las piñas de El Cacao de Alajuela y las anonas de Zarcero. Como para chuparse los dedos. El niño aún no lo podía saber pero lo vislumbraba y le dolía y aquello lo atenaceaba, lo atraía y lo asustaba, el pulso y la respiración al galope. Por eso ahora, pensando que nadie lo miraba ni ellas le hacían ningún caso ya no disimulaba sino que las veía acercarse con ojos muy abiertos como si se bebiera sus aguerridos pechos, sus cuerpos de balandro, sus rítmicas caderas ondulantes, su aroma a flor silvestre.

Le pasaron tan cerca que hasta les sintió el calor y volvió la cabeza para perseguirlas con su irresistible deseo de arrastrarse tras ellas, mas el

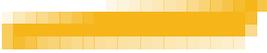
hombre con la carga de años ya no se fijaba en él. Ahora se abrazaba a los cuerpos de las dos muchachas como un viejo malditamente glorioso, vuelto a la sazón viento desafortunado que las esculpía a su sabor y las acariciaba, reía y bailaba con ellas.

Ahí vienen aquel par de mangos virgos dijo un aprendiz de sastre desde la ventana de una sastrería cuando se aproximaban correteando y persiguiéndose entre sí porque así eran y les gustaba darse bromas y levantar el polvo como potrancas en celo, y adiós encantos de mi vida les gritó el aprendiz, cuándo, amores míos, cuándo, el maestro de sastre, y ellas tal que si nada –por un oído me entran–, qué piernas esa morena, qué cintura esta rubia, por todos los santos del cielo, les susurró el alcalde regordete y cincuentón de camino a su alcaldía –y por otro me salen, cerdos cochinos– pensó como si les gritara la morena, lengüeteándose los labios de carne y rosa roja sólo por darles envidia y jódanse todos ustedes, conténtense con la que tienen, díganle a ese cura gordo y sudoroso que nos la manda cada misa de domingo desde el púlpito y nos llama tentaciones de Satanás que nosotras no vamos a su iglesia pero tampoco nos metemos con nadie ni a nadie hacemos mal ni tenemos la culpa de ser tan lindas y bandidas y amorosas porque así nos trajo al mundo mamá por la gracia de Dios que no está en esa iglesia sino en nuestros corazones, como lo dice papá que no es el tonto ni el infeliz amansayeguas que todos ustedes, manada de golosos, creen que es, sólo porque lo apodaron Patachinga por su pierna más corta y porque siempre corre y corre trastabillando detrás de una potranca... Y entonces aquél no se pudo resistir, y también enternecido y amoroso y bandido tomó a la una y a la otra por la mano, las atrajo a un escaño bajo el higuierón más frondoso de la plaza y de la rubia a la morena y de la morena a la rubia las besó las mil y una veces como a frutas y aspiró como a flores de marango en tanto que a los oídos le llegaban no se sabe de dónde las melodías de La Fantasía de un Caminante. Y caminando y fantaseando se fue adormeciendo poco a poco reclinado en un pecho tibio tibio y un regazo de misterio gozoso e inocente, cuando en eso se despabiló y ellas ya no estaban. Con sus corvas desnudas y vivaces y sus abrasadoras pantorrillas –ante las que hacían la cruz doña Orminta y doña Celia, doña Cata y doña Teodolinda, Felicitas la solterona y la hija de María con sonrisa de ángeles y serafines dicen santo santo santo que ayudaba al señor párroco a enseñar el catecismo–, Rosa la Robacorazones y Dalia la Mevuelveloco se habían levantado del escaño y otra vez

retozonas y jugando como esas golondrinas que dibujaban garabatos cielo azul arriba, se le fueron deshaciendo de las manos y deshilvanando de los ojos y él se escuchó a sí mismo murmurarles hasta luego, muchachas, mis tentaciones benditas, y les cantó con voz risueña *Per omnia saecula saeculoorum...* Aaaameeeen.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

LOS AÑOS PEQUEÑOS DÍAS (1989-1990)

A los 70 años, Fabián Dobles publica su última novela, *Los años pequeños días*, elogiada por su prosa vital y estructura contemporánea, la cual recibió el Premio Áncora de Literatura 1992.

Esta obra se convierte en la biografía incompleta del autor, lo que faltaba por contar y, por eso, hay un sutil tono de nostalgia por lo ido y de abrazo gozoso por lo vivido. Es así como vuelve a la base de su compromiso social, a la esencia de sus sueños.

Esta novela de Fabián Dobles, un autor tan querido y necesario, fue escrita en otro tono, otra clave, otro lenguaje. Pero al igual que todo lo que escribió, nos pone frente a la esencia del país que somos y nos obliga, a veces sutil y en otras brutalmente, a mirarnos en perspectiva y a revalorarnos.

También se ha dicho que *Los años pequeños días* culmina el arco de rebeldía lanzado por una de sus novelas anteriores, *Una burbuja en el limbo* (1946), y además representa la reconciliación del autor con su vida.

Al respecto, Alvaro Quesada Soto señala:

“En *Los años pequeños días*, quizá la más experimental de las novelas de Fabián Dobles, confluyen, adquiriendo una novedosa y compleja expresión narrativa, varias de las preocupaciones centrales de la novelística costarricense, en general, y del escritor, en particular: la preocupación por el lenguaje; el problema del tiempo concebido en su doble faz, como tiempo interior y como tiempo histórico; el problema de la relación individuo-familiasociedad; el problema de la tradición y el progreso o del cambio en la continuidad (...). Así de innovador es el tratamiento del tiempo y de la estructura narrativa. El viaje de un hombre de setenta años a la tierra de su infancia, se convierte en un viaje a través del tiempo y la memoria, en una compleja indagación de los vínculos entre conciencia y realidad, que es también indagación en las estructuras familiares y sociales que las conforman...”